

OPUSCULUM PRIMUM, O LIBRO SOBRE LA ORACIÓN. (C,G,S)*

Los preceptos evangélicos, hermanos amadísimos, no son otra cosa que enseñanzas divinas, fundamentos para edificar la esperanza, firmamentos para fortalecer la fe, nutrientes para alimentar el corazón, timones para dirigir el camino, defensas para obtener la salvación, que mientras instruyen las mentes dóciles de los creyentes en la tierra, las conducen a los reinos celestiales. El Señor quiso que muchas cosas fueran dichas y escuchadas por sus profetas, pero cuán mayores son las que el Hijo de Dios habla, las que el Verbo de Dios, que estuvo en sus profetas, testifica con su propia voz, ya no mandando que se prepare el camino para el que viene, sino viniendo él mismo y mostrándonos el camino, para que, iluminados por la luz de su gracia, mantengamos el camino de la vida con el mismo Señor como guía, nosotros que antes, errantes en las tinieblas de la muerte, éramos imprudentes y ciegos. Entre sus otras saludables advertencias y divinos preceptos con los que aconsejó a su pueblo para la salvación, él mismo dio la forma de orar; él mismo nos enseñó e instruyó sobre qué debíamos pedir; quien nos hizo vivir, también nos enseñó a orar, con la misma bondad con la que se dignó dar y conceder otras cosas, para que, mientras hablamos al Padre con la oración que el Hijo enseñó, seamos escuchados más fácilmente. Ya había predicho que vendría la hora cuando los verdaderos adoradores adorarían al Padre en espíritu, y cumplió lo que prometió, para que quienes recibimos el espíritu y la verdad de su santificación, también adoremos verdaderamente y espiritualmente según su tradición. Pues, ¿qué oración puede ser más espiritual que la que nos fue dada por Cristo, de quien también recibimos el Espíritu Santo? ¿Y qué súplica puede ser más aceptable al Padre que la que fue pronunciada por el Hijo, que es la verdad, de su boca, de modo que orar de otra manera que como él enseñó no sea solo ignorancia, sino culpa, cuando él mismo estableció y dijo: Rechazáis el mandamiento de Dios para establecer vuestra tradición? Oremos, pues, hermanos amadísimos, como nos enseñó el maestro Dios: es una oración amistosa y familiar pedirle al Señor de lo suyo, que la oración de Cristo ascienda a sus oídos. Que el Padre reconozca las palabras de su Hijo cuando hacemos súplicas; que quien habita dentro de nuestro pecho, también esté en nuestra voz; ya que tenemos al mismo como abogado ante el Padre, por nuestros pecados pedimos, presentamos las palabras de nuestro abogado. Pues cuando dice que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará: ¿cuánto más eficazmente obtendremos lo que pedimos en el nombre de Cristo, si lo pedimos con su oración? Que la palabra y la súplica de los que oran contengan disciplina, manteniendo la tranquilidad y el pudor. Pensemos que estamos ante la presencia de Dios; debemos agrandar a los ojos divinos tanto con la postura del cuerpo como con el modo de la voz; pues así como es imprudente clamar con estruendo, así conviene, por el contrario, que el más modesto ore con súplicas recatadas. Finalmente, el Señor nos mandó orar en secreto, en lugares ocultos y secretos, en nuestras habitaciones, lo cual es más acorde con la fe, para que sepamos que Dios está presente en todas partes, escucha y ve a todos, y que la plenitud de su majestad penetra en lo oculto y escondido, como está escrito: Yo soy un Dios cercano, y no un Dios lejano; si el hombre se esconde en lugares ocultos, ¿acaso no lo veré? ¿No lleno yo el cielo y la tierra? Y de nuevo: En todo lugar los ojos del Señor contemplan a los buenos y a los malos. Y cuando nos reunimos con los hermanos y celebramos los sacrificios divinos con el sacerdote de Dios, debemos recordar la modestia y la disciplina, no lanzar nuestras súplicas al azar con voces desordenadas, ni presentar nuestra petición, que debe ser encomendada modestamente a Dios, con una locuacidad tumultuosa, porque Dios no es oyente de la voz, sino del corazón, ni necesita ser advertido con clamores quien ve los pensamientos, como lo aprueba el Señor diciendo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? y en otro lugar: Sepan todos que yo escudriño los riñones y el corazón, lo cual Ana, en el primer libro de los Reyes, guardó y conservó como un tipo, quien oró al Señor no con una petición clamorosa, sino en silencio y modestamente en lo más profundo de

su pecho. Hablaba con una oración oculta, pero hablaba con fe manifiesta, no con la voz sino con el corazón, porque sabía que así el Señor escuchaba: obtuvo eficazmente lo que pidió, porque lo pidió con fe. Esto lo declara la Escritura divina que dice: Hablaba en su corazón, y sus labios no se movían. También leemos en el salmo: Decid en vuestros corazones, y en vuestros lechos compungíos. A través de Jeremías, el Espíritu Santo sugiere y enseña lo mismo diciendo: En el sentido debe ser adorado el Señor. Pero el que adora, hermanos amadísimos, no debe ignorar cómo oró el publicano en el templo con el fariseo, no levantando los ojos al cielo con impudencia ni las manos con insolencia, golpeando su pecho y confesando los pecados encerrados dentro, imploraba la ayuda de la misericordia divina. Y mientras el fariseo se complacía a sí mismo, este mereció más ser santificado, quien así oró, quien no puso su esperanza de salvación en la confianza de su inocencia, ya que nadie es inocente, sino que confesó sus pecados humildemente y oró, y escuchó al que ora quien perdona a los humildes, lo que el Señor puso y dijo en el Evangelio: Dos hombres subieron al templo a orar, uno fariseo y el otro publicano; el fariseo, de pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros, como este publicano: ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. El publicano, estando lejos, no quería ni siquiera levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador; os digo que este descendió a su casa justificado más que aquel fariseo, porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido. Por lo tanto, nosotros, hermanos carísimos, aprendiendo de la palabra divina, después de haber conocido cómo debemos acercarnos a la oración, conozcamos, como dice el Señor, qué debemos orar: así dice, orad: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo: danos hoy nuestro pan de cada día, y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amén.

Ante todo, el maestro de la paz y de la unidad no quiso que la oración se dijera individualmente y en privado, como si el que ora pareciera orar solo por sí mismo. No digamos Padre mío, ni mi pan dámelo hoy, ni pida cada uno que solo a él se le perdone, que no caiga en tentación y que sea librado del mal; pues la oración es pública y común para nosotros, y cuando oramos no lo hacemos por uno, sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo somos uno. El Dios de la paz y maestro de la concordia, que enseñó la unidad, también enseñó a orar de esta manera, de modo que quiso que oráramos por todos, como él mismo llevó a todos en uno.

Esta ley de la oración la guardaron los tres jóvenes en el horno de fuego, concordando en la súplica y en la concordia del espíritu. Esto lo declara la fe de la Escritura divina; y, mientras enseña cómo oraron tales personas, da un ejemplo que debemos imitar en nuestras súplicas para que podamos ser como ellos. Entonces, dice, aquellos tres como de una sola boca cantaban un himno y bendecían al Señor. Hablaban como de una sola boca y aún Cristo no les había enseñado a orar, y por eso la palabra de los que oraban fue eficaz y digna de ser escuchada, porque la oración pacífica, sencilla y espiritual merecía a Dios. Así también conocemos que los apóstoles con los discípulos después de la ascensión del Señor oraban: Perseveraban unánimes en la oración, con las mujeres y María, que fue la madre de Jesús, y sus hermanos. Perseveraban en la oración unánimes, declarando así tanto la insistencia como la concordia de la oración, porque Dios hizo habitar a los unánimes en la casa. No admite en la casa divina y eterna sino a aquellos en quienes hay oración unánime. Pero, hermanos amadísimos, ¿cuáles son los sacramentos de la Oración Dominical, cuán numerosos, cuán grandes, brevemente recogidos en palabras, pero espiritualmente abundantes en virtud,

mostraré, para que no se omita nada que no se comprenda en nuestras súplicas y oraciones con el compendio de la doctrina celestial. Observad, así, dice, orad:

Padre nuestro que estás en los cielos. El hombre nuevo, renacido, restituido a su Dios por su gracia, dice primero PADRE porque ya ha comenzado a ser hijo. A lo suyo, dice, vino, y los suyos no lo recibieron; pero a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre, y quien cree en su nombre y ha sido hecho hijo de Dios, debe comenzar por aquí, para dar gracias, profesar que es hijo de Dios mientras nombra al padre que tiene en los cielos, y también testificar a Dios entre las primeras palabras de su nacimiento, que ha renunciado al padre terrenal y carnal y ha comenzado a conocer y tener solo al padre que está en los cielos, mientras está escrito: Los que dicen al padre y a la madre, No te conozco, y no reconocieron a sus hijos, estos guardaron tus palabras y guardaron tu pacto. Asimismo, el Señor en su Evangelio mandó que no llamemos padre a nadie en la tierra, porque tenemos un solo Padre que está en los cielos. Y al discípulo que mencionó a su padre le respondió, Deja que los muertos entierren a sus muertos: pues había mencionado a su padre muerto, cuando el padre de los creyentes es uno. Y no solo esto, hermanos amadísimos, debemos observar y entender que llamamos padre al que está en los cielos, sino que también añadimos y decimos, Padre nuestro, es decir, de aquellos que creen que por él han sido santificados y, por el renacimiento de la gracia espiritual, han comenzado a ser hijos. Esta voz restringe y golpea a los judíos, quienes no solo despreciaron infielmente a Cristo anunciado por los profetas y enviado primero a ellos, sino que también lo mataron cruelmente: quienes no pueden llamar a Dios padre, cuando el Señor los confunde y reprende diciendo: Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre, él fue homicida desde el principio y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él: y por medio del profeta Isaías el Señor clama indignado: Hijos engendré y exalté: pero ellos me despreciaron; el buey conoció a su dueño y el asno el pesebre de su Señor, Israel no me conoció y mi pueblo no entendió: ¡ay, nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad, semilla de malhechores, hijos corruptos, abandonasteis al Señor vuestro Dios y provocasteis la indignación de la semilla de Israel! En reproche a ellos, los cristianos cuando oramos, decimos primero Padre nuestro porque ha comenzado a ser nuestro y ha dejado de ser de los judíos que lo abandonaron. Ni el pueblo pecador puede ser hijo, sino que a quienes se les da el perdón de los pecados, a ellos se les asigna el nombre de hijos, a ellos se les promete la eternidad, como dice el mismo Señor: Todo el que comete pecado es esclavo del pecado, pero el esclavo no permanece para siempre en la casa. ¡Cuánta indulgencia del Señor, cuánta es su dignación y abundancia de bondad hacia nosotros! que así quiso que celebráramos la oración en la presencia de Dios, para que llamemos a Dios padre y, como es Cristo, el Hijo de Dios, así también nos llamemos hijos. Nadie de nosotros se atrevería a tocar este nombre, si él mismo no nos hubiera permitido orar así. Por lo tanto, hermanos amadísimos, debemos recordar y saber que cuando decimos Dios Padre, debemos actuar como hijos de Dios, para que así como nos complacemos en Dios, él también se complazca en nosotros, comportémonos como templos de Dios, para que conste que Dios habita en nosotros, y que nuestra acción no sea degenerada del espíritu, para que quienes hemos comenzado a ser espirituales y celestiales, no pensemos ni hagamos sino cosas espirituales y celestiales. Porque el mismo Señor dijo, A los que me glorifican, los glorificaré, y a los que me desprecian, serán despreciados. También el bienaventurado apóstol en su Epístola expuso diciendo: No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio, glorificad, llevad y portad a Dios en vuestro corazón. Después de esto decimos, Santificado sea tu nombre, no porque deseemos que sea santificado en nuestras oraciones, sino porque pedimos a Dios que su nombre sea santificado en nosotros. Pues, ¿quién santifica a Dios que él mismo santifica? Pero porque él mismo dijo: Sed santos porque yo soy santo, eso pedimos y rogamos para que

quienes hemos sido santificados en el bautismo, perseveremos en lo que hemos comenzado a ser, y esto lo pedimos diariamente; pues necesitamos una santificación diaria, para que quienes pecamos diariamente, purguemos nuestros pecados con una santificación continua.

¿Y qué santificación es la que os será conferida por la dignación de Dios? El Apóstol predica diciendo: Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores heredarán el reino de Dios: y esto erais algunos de vosotros, pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios. Esta santificación es la que oramos para que permanezca en nosotros. Y el Señor, nuestro juez, amenaza al que ha sido justificado y sanado por él, que no peque más para que no le suceda algo peor. Esta súplica la hacemos con oraciones continuas, esto lo pedimos día y noche; y la vivificación que se toma de la gracia de Dios, se conserva con su protección en la oración. Sigue: Venga tu reino. También pedimos que el reino de Dios se nos represente, así como pedimos que su nombre sea santificado en nosotros. Pues, ¿cuándo no reina Dios? ¿O cuándo comenzó en él lo que siempre fue y no dejará de ser? Pedimos que venga a nosotros el reino prometido por Dios, adquirido por la sangre y la pasión de Cristo, para que quienes antes servimos en el mundo, después reinemos con Cristo dominando, como él mismo promete y dice: Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

Puede, en verdad, hermanos carísimos, que el mismo Cristo sea el reino de Dios, ya que deseamos que venga cada día, cuyo advenimiento anhelamos que se nos presente pronto. Pues, siendo Él mismo la resurrección, porque en Él resucitamos, así también puede entenderse que Él es el reino de Dios, porque en Él reinaremos. Pedimos bien el reino de Dios, es decir, el reino celestial, porque también hay un reino terrenal; pero quien renuncia al mundo es mayor que sus honores y reino, y por eso quien se dedica a Dios y a Cristo, no desea reinos terrenales, sino celestiales. Sin embargo, es necesaria la oración continua y la súplica, para que no caigamos del reino celestial, como los judíos, a quienes primero les había sido prometido, cayeron, como el Señor manifiesta y prueba: "Muchos", dice, "vendrán del Oriente y del Occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores, allí habrá llanto y crujir de dientes". Muestra que antes los hijos del reino eran los judíos, cuando también perseveraban como hijos de Dios: después de que el nombre paterno cesó contra ellos, también cesó el reino, y por eso nosotros los cristianos que en la oración llamamos a Dios Padre y comenzamos a conocerlo, oramos para que el reino de Dios venga a nosotros. También añadimos y decimos: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"; no para que solo Dios haga lo que quiere, sino para que nosotros podamos hacer lo que Él quiere: pues, ¿quién se opone a Dios para que no haga lo que quiere cuando quiere? Pero como el diablo se opone para que nuestra mente y acciones no obedezcan completamente a Dios, oramos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios. Para que esto se haga en nosotros, es necesario la voluntad de Dios, es decir, su obra y protección, porque nadie es fuerte por sus propias fuerzas, sino que está seguro por la indulgencia y misericordia de Dios. Finalmente, el Señor, mostrando también la debilidad del hombre que llevaba, dijo: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz"; dando también ejemplo a sus discípulos para que no hagan su propia voluntad, sino la de Dios, añade diciendo: "Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú"; y en otro lugar dice: "No he descendido del cielo para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió". Si el Hijo obedeció para hacer la voluntad del Padre, ¿cuánto más debe obedecer el siervo para hacer la voluntad del Señor? Así como en la epístola Juan también exhorta e instruye para hacer la voluntad de Dios diciendo: "No améis al mundo, ni las cosas que están

en el mundo; si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne y de los ojos, y la ambición del siglo, y el mundo pasa y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre como Dios permanece para siempre; por lo tanto, si queremos permanecer para siempre, debemos hacer la voluntad de Dios, que es eterno. La voluntad de Dios, que Cristo enseñó e hizo, es humildad en la conversación, estabilidad en la fe, modestia en las palabras, justicia en los hechos, misericordia en las obras, disciplina en los modales: no conocer el hacer injuria y poder tolerar la hecha, mantener la paz con los hermanos, amar a Dios con todo el corazón, amar en Él lo que es Padre, temer lo que es Dios, no anteponer nada a Cristo porque Él no nos antepuso nada, adherirse inseparablemente a su caridad, asistir valiente y confiadamente a su cruz, cuando se lucha por su nombre y honor, mostrar constancia en el discurso con la que somos confirmados, confianza en la prueba con la que nos enfrentamos, paciencia en la muerte con la que somos coronados, esto es querer ser coherederos de Cristo, esto es seguir el precepto de Dios, esto es hacer la voluntad del Padre, esto es cumplir la voluntad del Padre. Pedimos que se haga la voluntad de Dios en el cielo y en la tierra, lo cual se refiere a la consumación de nuestra integridad y salvación. Pues, teniendo el cuerpo en la tierra, y el espíritu en el cielo, somos nosotros mismos cielo y tierra y en ambos, es decir, en cuerpo y espíritu, oramos para que se haga la voluntad de Dios. Hay una lucha entre la carne y el espíritu, y con estos discordantes entre sí hay un enfrentamiento diario, para que no hagamos lo que queremos, mientras el espíritu busca las cosas celestiales y divinas, la carne desea las terrenales y seculares: y por eso pedimos que entre estos dos se haga esta concordia por la obra y ayuda de Dios para que tanto en espíritu como en carne se realice la voluntad de Dios, y el alma que ha renacido por Él se conserve, lo cual el apóstol Pablo declara abierta y manifiestamente con su voz: "La carne", dice, "desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, pues estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis. Manifiestas son las obras de la carne que son adulterios, fornicaciones, inmundicias, lascivias, idolatrías, hechicerías, homicidios, enemistades, contiendas, celos, iras, provocaciones, simulaciones, disensiones, herejías, envidias, borracheras, comilonas, y cosas semejantes a estas, las cuales quienes las hacen no heredarán el reino de Dios. Pero el fruto del espíritu es gozo, caridad, paz, magnanimidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia, castidad; y por eso con oraciones diarias y continuas rogamus que en el cielo y en la tierra se haga la voluntad de Dios en nosotros, porque esta es la voluntad de Dios, que las cosas terrenales cedan a las celestiales, las espirituales prevalezcan sobre las carnales. También puede entenderse así, hermanos carísimos, que ya que el Señor manda y aconseja amar a los enemigos y orar también por aquellos que nos persiguen, pidamos también por aquellos que aún son terrenales y no han comenzado a ser celestiales, y para que en ellos se haga la voluntad de Dios, ya que Cristo perfeccionó al hombre conservándolo y reintegrándolo. Pues cuando los discípulos ya no son llamados terrenales por Él, sino sal de la tierra, y el Apóstol llama al primer hombre de limo de la tierra, y al segundo del cielo; con razón también nosotros, que debemos ser semejantes al Padre Dios, que hace salir su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos, así como Cristo nos aconseja, oremos para que hagamos oración por la salvación de todos. Para que como en el cielo, en nosotros por nuestra fe se ha hecho la voluntad de Dios, para que seamos del cielo, así también en la tierra, es decir, en los no creyentes se haga la voluntad de Dios, para que se hagan celestiales nacidos del agua y del Espíritu, procediendo en oración pedimos y decimos:

Danos hoy nuestro pan de cada día; lo cual puede entenderse espiritual y sencillamente: pues pedimos lo que útilmente aprovecha para la salvación. Porque el pan de vida es Cristo; y este pan no es de todos, sino nuestro; y así como decimos, Padre nuestro, porque es padre de los

que entienden y creen, así también llamamos nuestro pan, porque Cristo es nuestro, ya que cuando tocamos su cuerpo, es pan. Pedimos que este pan se nos dé diariamente, para que quienes estamos en Cristo y recibimos la Eucaristía diariamente como alimento de salvación, no seamos separados del cuerpo de Cristo por algún pecado grave que nos impida participar del pan celestial, como Él mismo predica y advierte: Yo soy el pan de vida que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre: y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. Por tanto, cuando dice que vivirá para siempre quien coma de su pan, es evidente que viven quienes tocan su cuerpo y reciben la Eucaristía en la realidad de la comunión. Por lo tanto, debemos temer y orar para que, al ser separados del cuerpo de Cristo, no quedemos separados de la salvación, como Él mismo amenaza y dice: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Y por eso pedimos que se nos dé nuestro pan, es decir, Cristo, diariamente, para que quienes permanecemos y vivimos en Cristo no nos apartemos de su santificación y cuerpo.

También puede entenderse así, que quienes renunciamos al mundo y hemos rechazado sus riquezas y pompas con la fe de la gracia espiritual, pidamos solo el alimento y sustento, ya que el Señor instruye y dice: Quien no renuncie a todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo. Quien ha comenzado a ser discípulo de Cristo, renunciando a todo según la voluntad de su maestro, debe pedir el alimento diario y no extender sus deseos de petición a largo plazo, ya que el Señor nuevamente prescribe y advierte: No penséis en el mañana, porque el día de mañana se preocupará de sí mismo, basta a cada día su propio mal. Con razón, el discípulo de Cristo pide su sustento diario, quien está prohibido de pensar en el mañana, y porque es contrario y repugnante para nosotros buscar vivir mucho tiempo en el mundo, quienes pedimos que el reino de Dios venga rápidamente. Así también el bienaventurado apóstol nos exhorta, formando y fortaleciendo la firmeza de nuestra esperanza y fe. Nada, dice, hemos traído a este mundo. Ciertamente no podemos llevar nada: teniendo, pues, sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y en lazo, y en muchos deseos insensatos y dañinos que hunden a los hombres en la ruina y la perdición, porque el amor al dinero es la raíz de todos los males, y algunos, por codiciarlo, se han desviado de la fe y se han traspasado con muchos dolores: enseña que no solo deben despreciarse las riquezas, sino que son peligrosas para aquellos, siendo la raíz de los males seductores, ocultando con engaño la ceguera de la mente humana. Por eso reprende al rico insensato que piensa en las riquezas mundanas y se jacta de la abundancia de sus frutos, diciendo: Insensato, esta noche te reclamarán tu alma: ¿y lo que has preparado, de quién será? Se alegraba el insensato en los frutos, pero esa noche iba a morir, y quien ya carecía de vida pensaba en la abundancia de sustento. En cambio, el Señor enseña que es perfecto y consumado quien, vendiendo todo lo suyo y distribuyéndolo a los pobres, se hace un tesoro en el cielo, quien dice que puede seguirlo, quien puede imitar la gloria de la resurrección del Señor, quien, libre y despojado, no está envuelto en las ataduras de los bienes materiales, y, liberado y libre, acompaña también las riquezas enviadas de antemano al Señor. Para que cada uno de nosotros pueda prepararse para esto, así aprende a orar, y de la ley de la oración debe reconocer cómo debe ser; pues no puede faltar el alimento diario al justo, ya que está escrito: No matará el Señor de hambre a esta alma; y nuevamente: Fui joven, y he envejecido, y no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan. Nuevamente el Señor promete y dice: No os preocupéis diciendo, ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? porque los gentiles buscan todas estas cosas: pero vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todas estas cosas: buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. A quienes buscan el reino de Dios y su justicia, promete añadirles todo, y ya que todo es de Dios, al que tiene a Dios nada le faltará, si él mismo no falta a Dios. Así a Daniel, encerrado por orden del rey en el

foso de los leones, se le proporciona comida divinamente y entre las fieras hambrientas el hombre de Dios es alimentado. Así también Elías, en fuga y soledad, es alimentado en la persecución por los cuervos que le sirven y las aves que le traen comida. ¡Oh, detestable crueldad de la maldad humana! Las fieras alimentan y las aves alimentan, y los hombres acechan y atacan. Después de esto, también pedimos por nuestros pecados diciendo: Y perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Primero se pide el sustento del alimento y el perdón del pecado, para que quien es alimentado por Dios, viva para Dios, y no solo se cuide de la vida presente y temporal, sino de la eterna, a la cual se puede llegar si se perdonan los pecados, que el Señor llama deudas, como dice en su Evangelio: Te perdoné toda la deuda porque me lo pediste. Cuán necesario, cuán prudente y saludable es que se nos advierta que somos pecadores, quienes somos compelidos a rogar por nuestros pecados, para que, mientras pedimos indulgencia a Dios, el alma de la conciencia recuerde, no sea que alguien se complazca en su inocencia y, exaltándose, perezca más. Se instruye y enseña que peca diariamente, ya que se le manda orar por los pecados; como finalmente también Juan en su epístola sigue diciendo: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros; pero si confesamos nuestros pecados, el Señor es fiel y justo para perdonarnos los pecados. En la epístola, ciertamente, abarca a ambos, para que debamos rogar por nuestros pecados, y obtengamos indulgencia cuando rogamus; por eso también dice que el Señor es fiel para perdonar los pecados, guardando la promesa de su fidelidad, porque quien nos enseñó a orar por las deudas y pecados, prometió la misericordia paternal y añadió que seguiría el perdón; claramente también añadió la ley respecto a nosotros, constriéndonos con condición y promesa, para que así pidamos que se nos perdonen las deudas, sabiendo que no se puede obtener lo que pedimos por los pecados, a menos que también nosotros hayamos hecho lo mismo con nuestros deudores. Por eso también en otro lugar dice: Con la medida con que midáis, se os medirá; y porque el siervo, después de que se le perdonó toda la deuda, no quiso perdonar a su compañero, es encarcelado, porque no quiso perdonar a su compañero lo que le había sido perdonado por el Señor, perdió lo que le había sido concedido, lo cual Cristo predijo con mayor fuerza en sus preceptos con el vigor de su censura: Cuando estéis de pie, dice, orando, perdonad, si tenéis algo contra alguien, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados. Pero si no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestros pecados. No te queda excusa en el día del juicio, cuando serás juzgado según tu propia sentencia, y lo que hayas hecho, eso mismo sufrirás. Dios ha mandado que seamos pacíficos y concordes y unánimes en la casa, y que como nos hizo en el segundo nacimiento, así quiere que permanezcamos nacidos, para que quienes hemos comenzado a ser hijos de Dios, permanezcamos en la paz de Dios: y quienes tienen un solo Espíritu Santo, tengan también un solo ánimo y sentido; pues Dios no recibe el sacrificio del que está en discordia, sino que se le manda apartarse del altar y reconciliarse primero con su hermano con oraciones pacíficas para que Dios pueda estar en paz con él. Nuestro sacrificio mayor a Dios es nuestra paz y concordia fraterna, y la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que ayuda al pueblo, más que las víctimas. Pues en los sacrificios que Caín y Abel ofrecieron primero, Dios no miraba sus ofrendas, sino sus corazones, para que agradara en la ofrenda quien agradaba en el corazón. Abel, pacífico y justo, sacrificando a un solo Dios con inocencia, enseñó también a los demás, cuando ofrecen su ofrenda en el altar, a venir así con temor de Dios, con corazón sencillo, con la ley de la justicia, con la paz de la concordia. Con razón, siendo tal en el sacrificio de Dios, él mismo después fue hecho sacrificio para Dios, mostrando el inicio de los mártires, inaugurando con su sangre la gloriosa pasión del Señor, quien había tenido la justicia del Señor y la paz. Tales, en fin, son coronados por Dios, tales juzgarán con el Señor en el día del juicio; pero el que está en discordia y disensión, y no tiene paz con sus hermanos, según lo que el bienaventurado

apóstol y la Sagrada Escritura testifican, ni siquiera si es muerto por el nombre de cristiano, podrá evadir el crimen de la disensión fraterna, porque como está escrito: Quien odia a su hermano es homicida, y el homicida no llega al reino de los cielos, ni vive con Dios; no puede estar con Cristo quien ha preferido ser imitador de Caín y Judas antes que de Cristo. ¡Qué delito es este, que ni siquiera el bautismo de sangre puede lavar! ¡Qué crimen es este, que ni siquiera el martirio puede expiar! También el Señor nos advierte necesariamente que en la oración digamos: Y no nos dejes caer en la tentación; en parte se muestra que el adversario no puede contra nosotros, a menos que Dios lo permita antes, para que todo nuestro temor y toda nuestra vigilancia se conviertan necesariamente a Dios en nuestras súplicas, cuando nada puede hacer el mal, a menos que se le conceda poder. Esto lo prueba la Escritura divina que dice: Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén y la sitió, y el Señor la entregó en sus manos. Pero se da poder al mal contra nosotros según nuestros pecados, como está escrito: ¿Quién entregó a Jacob al saqueo y a Israel a los que lo despojaron? ¿No fue Dios, porque pecaron y no quisieron andar en sus caminos, ni escuchar su ley, y sobre ellos trajo la ira de su venganza? Y nuevamente, cuando Salomón pecó y se apartó de los preceptos y caminos del Señor, se dice: y el Señor levantó a Satanás contra Salomón. Pero el poder contra nosotros se da de dos maneras, o para castigo cuando pecamos, o para gloria cuando somos probados; como vemos que sucedió con Job, manifestando el Señor y diciendo: He aquí, todo lo que tiene está en tus manos, pero a él no lo toques. Y el Señor en el Evangelio habla en el tiempo de la pasión: No tendrías ningún poder contra mí, si no te fuera dado de arriba. Pero cuando rogamos que no caigamos en tentación, se nos advierte de nuestra debilidad e impotencia, mientras rogamos así para que nadie se exalte insolentemente, para que nadie asuma algo con soberbia y arrogancia, para que nadie diga que la gloria de la confesión o del sufrimiento es suya, cuando el mismo Señor enseñando humildad dijo: Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Para que, precediendo la confesión humilde y sumisa, y dándose todo a Dios lo que se pide suplicante con temor y reverencia de Dios, sea concedido por su piedad.

Después de todo esto, en la conclusión de la oración viene esa alabanza que, con brevedad recogida, concluye todas nuestras peticiones y súplicas, pues al final decimos: Mas líbranos del mal, abarcando todos los males que el enemigo trama contra nosotros en este mundo, de los cuales puede haber una protección fiel y firme si Dios nos libra, si Él mismo presta ayuda a quienes le suplican e imploran.

Cuando decimos: Líbranos del mal, no queda nada más que pedir, ya que solo imploramos la protección de Dios contra el mal, y una vez obtenida, permanecemos seguros y protegidos contra todo lo que el diablo y el mundo puedan hacer. ¿Quién temería al mundo si Dios es su protector en él? No es de extrañar, queridos hermanos, que la oración sea tal como Dios la enseñó, quien con su enseñanza resumió toda nuestra petición en un discurso saludable. Esto fue predicho antes por el profeta Isaías, cuando lleno del Espíritu Santo hablaba de la majestad y piedad de Dios: "Palabra consumada", dice, "y abreviada en justicia, Dios hará un discurso abreviado en toda la tierra". Pues cuando el Verbo de Dios, el Señor Jesucristo, vino a todos, reuniendo a sabios e ignorantes, de todo sexo y edad, emitió preceptos de salvación, hizo un gran compendio de sus preceptos, para que la memoria de los discípulos en la disciplina celestial no se fatigara, sino que aprendieran rápidamente lo que era necesario para la fe simple, y así enseñara qué es la vida eterna, pues abarcó el sacramento de la vida con una brevedad grande y divina; y mostró que quería insinuar la vida eterna diciendo: "Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Cristo". Asimismo, cuando de la ley y los profetas extrajo los primeros y mayores preceptos: "Escucha", dice, "Israel, el

Señor tu Dios es un solo Dios: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza: este es el primero, y el segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo: de estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas". Y de nuevo, "Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo también vosotros a ellos: porque esta es la ley y los profetas". El Señor no solo nos enseñó a orar con palabras, sino también con hechos, orando frecuentemente y suplicando, y demostrando con el testimonio de su ejemplo lo que debíamos hacer, como está escrito: "Él se retiraba a lugares solitarios y oraba"; y de nuevo: "Subió al monte a orar, y pasó la noche en oración a Dios". Si él, que estaba sin pecado, oraba, ¿cuánto más deben orar los pecadores? Y si él oraba continuamente durante toda la noche, vigilando con oraciones continuas, ¿cuánto más debemos nosotros vigilar en la noche con oración frecuente? Pero el Señor oraba y rogaba no por sí mismo; ¿qué podría pedir para sí el inocente? Sino por nuestros pecados, como él mismo declara cuando dice a Pedro: "Mira, Satanás ha pedido zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no falte". Y después ruega por todos diciendo: "No ruego solo por estos, sino también por aquellos que creerán en mí por la palabra de ellos; para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti; para que también ellos sean uno en nosotros". Ciertamente, grande ante Dios es la bondad y piedad de Cristo por nuestra salvación, que no contento con redimirnos con su sangre, aún rogó más por nosotros. Observa cuál fue el deseo del que rogaba, que así como el Padre y el Hijo son uno, en una unidad, así también nosotros permanezcamos; para que de aquí también se pueda entender cuánto peca quien rompe la unidad y la paz, cuando el Señor rogó por esto, no queriendo que su pueblo viviera entre cismáticos, sabiendo que la discordia no entra en el reino de Dios.

Cuando estamos en oración, queridos hermanos, debemos vigilar y dedicarnos a las plegarias; que todo pensamiento carnal y mundano se aleje, y que el alma no piense en nada más que en lo que está pidiendo. Por eso, el sacerdote, antes de la oración, prepara las mentes de los hermanos con una prefación diciendo: "Levantemos el corazón", para que cuando el pueblo responda, "Lo tenemos levantado hacia el Señor", se les recuerde que no deben pensar en nada más que en Dios. Que el corazón se cierre contra el adversario y solo agrade a Dios, y que no permitan que el enemigo de Dios se acerque durante el tiempo de oración. Pues frecuentemente se infiltra y penetra, y sutilmente engañando, desvía nuestras oraciones de Dios, para que tengamos una cosa en el corazón y otra en la voz, cuando con intención sincera debe orar al Señor no el sonido de la voz, sino el alma y el sentido. ¡Qué negligencia es ser distraído y capturado por pensamientos inútiles y profanos cuando estás suplicando al Señor, como si hubiera algo más importante en lo que pensar que en lo que estás hablando con Dios! ¿Cómo esperas ser escuchado por Dios si tú mismo no te escuchas, y deseas que el Señor se acuerde de ti cuando ruegas, si tú mismo no te acuerdas de ti? Esto es no cuidarse del enemigo en absoluto, esto es ofender la majestad de Dios con negligencia cuando oras, esto es vigilar con los ojos y dormir con el corazón, cuando el cristiano debe, incluso cuando duerme con los ojos, vigilar con el corazón, como se dice en el Cantar de los Cantares en la persona de la Iglesia que habla: "Yo duermo, pero mi corazón vela". Por eso, el apóstol advierte con diligencia y cautela diciendo: "Perseverad en la oración, velando en ella", enseñando y mostrando que aquellos que Dios ve velando en la oración pueden obtener lo que piden a Dios; y que los que oran no vengán a Dios con oraciones infructuosas y desnudas; pues la petición es ineficaz cuando la oración a Dios es estéril. Porque cuando todo árbol que no da fruto es cortado y arrojado al fuego, ciertamente la palabra que no tiene fruto no puede merecer a Dios, ya que no es fecunda en ninguna obra. Y por eso la Escritura divina instruye diciendo: "Buena es la oración con ayuno y limosna", pues quien en el día del juicio va a dar recompensa por las obras y limosnas, hoy también es un oyente benévolo para quien viene a la oración con obra. Así, Cornelio el centurión, cuando oraba, mereció ser escuchado;

pues hacía muchas limosnas entre el pueblo y siempre oraba a Dios. A este, alrededor de la hora novena, se le apareció un ángel mientras oraba, dando testimonio de su obra y diciendo: "Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial ante el Señor". Rápidamente suben aquellas oraciones que las méritos de nuestra obra llevan ante el Señor. Así también el ángel Rafael fue testigo de Tobías, siempre orando y siempre obrando, diciendo: "Revelar y confesar las obras de Dios es honorable, pues cuando orabas y al anochecer yo ofrecía el memorial de vuestra oración en la presencia de la claridad de Dios, y cuando enterrabas a los muertos de igual manera, y porque no te apresuraste a levantarte y dejar tu comida y fuiste y enterraste al muerto, fui enviado para probarte, y de nuevo Dios me envió para curarte a ti y a Sara, tu nuera. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles justos que asistimos ante Dios y estamos ante la claridad de Dios". También el Señor, a través de Isaías, advierte y enseña cosas similares testificando: "Desata", dice, "todo nudo de injusticia, desata las ataduras de los que llevan cargas, deja a los quebrantados en reposo, y disipa toda injusticia, parte tu pan con el hambriento, introduce en tu casa a los pobres sin techo; si ves a un desnudo, vístelo, y no desprecies a los de tu propia carne. Entonces tu luz brotará como el alba, y tus vestiduras se levantarán rápidamente, y la justicia irá delante de ti y la claridad de Dios te rodeará. Entonces clamarás, y el Señor te escuchará; mientras aún hablas, dirá: Aquí estoy". Promete estar presente, y escuchar y proteger a quienes desatan los nudos de la injusticia del corazón, y hacen limosnas a los domésticos de Dios según sus preceptos, pues al escuchar lo que Dios ha mandado hacer, ellos también merecen ser escuchados por Dios. También el bienaventurado apóstol Pablo, en la necesidad de la tribulación, ayudado por los hermanos, considera las obras que son sacrificios: "Estoy lleno", dice, "habiendo recibido de Epafrodito lo que me enviasteis, como olor fragante, sacrificio acepto y agradable a Dios". Pues cuando alguien se compadece del pobre, presta a Dios, y quien da a los más pequeños, da a Dios y espiritualmente sacrifica a Dios el olor de suavidad. En las celebraciones de las oraciones encontramos a los tres jóvenes con Daniel, fuertes en la fe y victoriosos en la cautividad, a la hora tercera, sexta, novena, en el sacramento de la Trinidad que debía manifestarse en los últimos tiempos. Pues la primera hora viniendo a la tercera muestra el número completo de la Trinidad prometida desde hace tiempo; y de nuevo, avanzando a la sexta por la cuarta, declara otra Trinidad. Y cuando de la séptima se completa la novena por tres horas, se cuenta la Trinidad perfecta. Estos espacios de tiempo ya predeterminados, los adoradores de Dios los observaban en tiempos establecidos y legítimos para las oraciones, y después se hizo evidente que eran sacramentos desde antiguo, pues así oraban los justos. Pues sobre los discípulos a la hora tercera descendió el Espíritu Santo, quien cumplió la gracia de la promesa del Señor. También Pedro, a la hora sexta, subiendo al techo superior, fue instruido por el signo y la voz del Señor que le advertía que admitiera a todos a la gracia de la salvación, cuando antes dudaba de corregir a los gentiles. Y el Señor fue crucificado a la hora sexta, y a la novena lavó nuestros pecados; y para poder redimirnos y darnos vida, entonces su pasión completó su victoria. Pero para nosotros, queridos hermanos, además de las horas observadas desde antiguo, ahora han crecido los espacios y sacramentos de oración, pues también se debe orar por la mañana, para que la resurrección del Señor se celebre con oración matutina, lo que el Espíritu Santo designaba antiguamente en el salmo diciendo: "Mi Rey y mi Dios, porque a ti oraré, por la mañana escucharás mi voz, por la mañana me presentaré ante ti y te contemplaré". Y de nuevo, el Señor habla por el profeta: "De madrugada me buscarán diciendo: Vamos y volvamos a nuestro Señor". Al retirarse de nuevo el sol y cesar el día, es necesario orar de nuevo; pues nuestro Dios es sol y día verdadero, y al retirarse el sol y el día del mundo, cuando oramos y pedimos que la luz venga sobre nosotros, de nuevo imploramos la venida de Cristo, que nos otorgará la gracia de la luz eterna. El Espíritu Santo declara que Cristo es llamado día en el salmo diciendo: "Esto es obra del Señor y es maravilloso a nuestros ojos", y de nuevo: "Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y

alegrémonos en él". También el profeta Malaquías testifica que es llamado sol diciendo: "Pero para vosotros que teméis el nombre del Señor, se levantará el sol de justicia y en sus alas traerá sanidad". Si en las Escrituras sagradas el verdadero sol y el verdadero día es Cristo, ninguna hora está exenta para los cristianos de adorar a Dios frecuentemente y siempre; para que, estando en Cristo, esto es, en el sol y en el día verdadero, perseveremos en oración durante todo el día, y oremos, para que cuando, al concluir las alternancias del mundo y de la ley, la noche se disuelva, no pueda haber daño alguno de las tinieblas nocturnas para los que oran, porque para los hijos de la luz, incluso en la noche es día. ¿Cuándo está sin luz aquel que tiene luz en su corazón? ¿O cuándo no es sol y día para aquel cuyo sol y día es Cristo? Y aquellos que hemos estado siempre en Cristo, esto es, en la luz, no cesemos de orar incluso en las noches, como Ana la viuda, que sin cesar rogaba siempre y vigilaba perseverando en merecer a Dios, como está escrito en el Evangelio: "No se apartaba", dice, "del templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día"; no vieron, ciertamente, aquellos que no fueron iluminados, o los judíos que, desprovistos de luz, permanecieron en tinieblas. Nosotros, queridos hermanos, que estamos siempre en la luz del Señor, que hemos merecido y mantenemos lo que comenzamos a ser por la gracia recibida, consideremos la noche como día, creamos que siempre caminamos en la luz, no nos dejemos impedir por las tinieblas que hemos evitado, no haya pérdidas de oraciones en las horas nocturnas, ni perezosos y ignorantes desperdicios de oraciones; recreados espiritualmente por la indulgencia de Dios y renacidos, imitemos lo que seremos en el reino, teniendo un día eterno del sol sin intervención de la noche; como si estuviéramos en la luz, vigilemos siempre orando y dando gracias a Dios: y por tanto, aquí también no cesemos de orar y dar gracias.